

**Publicado en Boletín de la CHA (2008)- Entrevista a Florencia Abbate, autora de *Apuntes sobre transexualidad*.**

1- ¿Podría hacer una breve reseña de su libro, comentando los puntos centrales y bases en las cuales se inspiró?

Fue un libro escrito por encargo, y a la vez una de las experiencias más interesantes que tuve como escritora y periodista. En 1997, María Moreno me contactó porque estaba dirigiendo una colección llamada "Minorías" en la editorial Perfil, y quería proponerme que escribiera uno de los libros. Yo tenía 21 años y me sentí muy honrada de que confiara en mí para eso. La idea era que fuera una colección de libros pequeños, portátiles, que ofrecieran investigaciones sobre diversos tipos de minorías, entre ellos, minorías sexuales. Decidimos que sería sobre transexualidad porque notábamos que no había casi bibliografía argentina sobre el tema.

En cuanto a las bases en las cuales me inspiré, te diría que en algún sentido el referente más importante de mi enfoque está en la obra de Foucault. Mi intención era investigar la transexualidad desde una perspectiva anti-esencialista, genealógica y política. Me apoyaba en la tesis de Foucault en *La voluntad de saber*, según la cual el poder en nuestras sociedades no funciona principalmente reprimiendo pulsiones sexuales espontáneas, sino por la producción de múltiples sexualidades y, mediante la clasificación, la distribución y la jerarquización moral de esas sexualidades, los individuos que las practican pueden ser aprobados, tratados, marginados, secuestrados, disciplinados o normalizados. Yo no aspiraba a encontrar una verdad sobre la transexualidad, no me parecía estimulante apuntar a definirla. Mi objetivo era más bien a presentar un campo de problemas asociados al tema en la Argentina de 1998, y tratar de formular preguntas que aún no habían sido formuladas. Me parecía necesario escribir un poco a contrapelo de la exigencia de "verdad" identitaria que imperaba en la escasa bibliografía argentina sobre el tema.

Entonces me propuse reunir y confrontar distintos discursos sobre el tema, y sobre todo presentar testimonios directos de transexuales. En el libro se exponen las ideas que al respecto tenían los "representantes de la ciencia" (psiquiatras, endocrinólogos, cirujanos), el psicoanálisis, la jurisprudencia (jueces y abogados) y los medios masivos (sobre todo la TV), y luego esos discursos se confrontan con algunas teorías deconstructivistas (del medio académico de los 90), antropológicas y feministas, así como también con lo más importante a mi modo de ver: los discursos de las propias transexuales. Me interesaba mostrar que se trata de un fenómeno complejo y que ningún punto de vista único puede ser suficiente para agotarlo. Lo más rescatable de la perspectiva que elegí me parece precisamente esa aceptación de que yo misma no tenía una idea cerrada, por lo tanto no investigaba pretendiendo saber con qué me iba a encontrar, lo hacía con humildad y me podía permitir aprender a medida que lo hacía. Creo que eso me dio una gran libertad para asimilar la información y para reaccionar con empatía a lo que me contaban las transexuales y travestis en las entrevistas. También tuve que asumir que en el tiempo que tenía para escribir el libro no iba a poder hacer una investigación ultra exhaustiva, y eso me permitió concentrarme simplemente en que el libro pudiera funcionar sobre todo como una pequeña intervención en el campo de la lucha por los derechos que existía en aquel momento en nuestro país.

2- ¿Como tomás el caso de Harry Benjamin, puede desarrollar un poco mas que es lo que trataba de exponer? ¿Harry Benjamin estigmatiza el transexualismo? ¿Qué correlación ve en esas teorías y lo que hoy se denomina como disforia de genero? ¿Es lo mismo? ¿Como llevo a plantearse el tema de la disforia?

Como decía antes, es un fenómeno complejo, que ha sido pensado desde diferentes disciplinas. En el discurso de la ciencia, por mucho tiempo predominó una idea en la que Harry Benjamin tuvo mucho que ver. La ciencia médica sostenía que en el "transexualismo clásico" existiría una causa biológica. Según la ciencia, los cerebros de los bebés en gestación, hasta las 12 semanas, estarían impregnados por grandes concentraciones de hormonas femeninas de la madre. En la semana 14, debe ser la gónada cromosómica (testículos u ovarios) lo que tome control de los niveles hormonales del cuerpo. Eso es lo que no sucedería en el caso del "niño que nace transexual". Por ende, para la ciencia, el transexualismo estaba asociado a un trastorno que redundaba en un conflicto entre el cerebro y el cuerpo, y la operación quirúrgica ofrecería la posibilidad de aliviar el sufrimiento psíquico que eso produce. Esta perspectiva ya estaba presente en el argumento que utilizó por primera vez Harry Benjamin en los años 50. Y hoy en día en algunos países y casos sigue funcionando como forma de legitimación de las cirugías de "reasignación de sexo". En ese sentido, aunque el argumento es insostenible desde el punto de vista de la diversidad de las personas que solicitan el cambio de sexo, hay que reconocer que en cierto modo Harry Benjamin contribuyó a "desacralizar" la operación y divulgó argumentos que servían para obtener permisos legales para las intervenciones quirúrgicas que, hay que decir también, eran vistas como un gran negocio por parte de los médicos.

Otro "precursor" al que también me refiero en el libro es Robert Stoller, que se ocupó de diferenciar la transexualidad de la homosexualidad y el travestismo, desde una perspectiva psicoanalítica. En el año 1968 definió al transexualismo como "la convicción de un sujeto, biológicamente normal, de pertenecer al otro sexo. En el adulto, a esta creencia le acompaña en nuestros días la demanda de intervención quirúrgica y endocrinológica para modificar la apariencia anatómica en el sentido del otro sexo". A pesar de que Benjamin lo justificaba con un argumento biologicista y Stoller utilizaba un argumento psicoanalítico (el transexual como falo feminizado de la madre), ambos coincidían en el punto de que los cirujanos podrían aliviar el sufrimiento, y avalaron la creencia de que resultaba más sencillo operar sobre el cuerpo que intentar proporcionar ese alivio por otras vías, algo que es discutible. El término "disforia de género" aparece en 1973 entre los Trastornos de Identidad de Género definidos en el DSM II (Manual Diagnóstico y Estadístico de Trastornos Mentales), y designa una insatisfacción y malestar resultantes de la no correspondencia entre la identidad de género y el sexo asignado. Lo curioso del asunto es que, pese a ser considerado una patología mental, el Manual propone que la única solución serían los tratamientos hormonales y la cirugía para legitimar la "verdadera" identidad de género. A mí me parece una categoría bastante precaria. Y lo más sorprendente es que en algunos lugares todavía hoy, de obtener el diagnóstico de padecer "disforia de género" depende a menudo que una solicitud de intervención quirúrgica sea aprobada por los jueces. En países como España, por ejemplo, alguien a quien le diagnostican "disforia de género" puede lograr que le cambien el nombre en el documento aunque no se haya operado (como sucedió recientemente en la Argentina con el caso de Tania Luna), algo muy celebrable, porque siempre me pareció disparatada la exigencia de operarse para poder modificar un documento de identidad. En resumen, todavía hoy muchas personas trans pueden querer

que les diagnostiquen disforia de género para poder acceder a determinadas libertades, pero creo que hay que subrayar es muy negativo el hecho de que tengan que presentar su deseo en términos de patología para poder obtener los permisos legales correspondientes. Paula Rodríguez, una chica a la que entrevisté en el libro, se operó cinco años después, en 2003. Cuando yo la entrevisté, Paula decía que se quería operar pero aún no tenía suficiente dinero para hacerlo. Ella se definía como travesti (por una decisión política de marcar su pertenencia a una comunidad) y no experimentaba hacia sus genitales masculinos el asco que suele asociarse al diagnóstico de “disforia de género”. Me puse muy contenta al ver que, después de operada, cuando volvieron a hacerle una entrevista, Paula decía que no existe ese mito “de que las personas transexuales que se quieren operar odian sus genitales o se quieren matar por tenerlos”, y decía también que las “personas transgénero” pueden o no orientar su deseo en el sentido de su genitalidad - operada o de nacimiento-, pueden o no sentirse cómodas con el sexo de nacimiento, pueden o no querer modificar su cuerpo, etcétera. Es interesante porque, cinco años después, utilizaba la noción de “personas transgénero”, una forma de nominación que, evidentemente, en el '98, cuando yo la entrevisté, aún no se usaba en Argentina. Me parece que esas cuestiones que ella plantea introducen posibilidades que los manuales no contemplan, y permiten que se puedan reclamar ciertos derechos sin tener que recurrir al argumento de la “patología” o la enfermedad.

El libro muestra que lo que se observa en la práctica es que entre las personas que solicitan intervenciones quirúrgicas de “cambio de sexo” no hay una homogeneidad tal que permita definir una única constitución neurológica, ni un único tipo de estructura psíquica. Existe una diversidad. Sencillamente, la operación forma parte de la oferta que hoy en día ofrece el mercado de las cirugías. Es algo que está a disposición de quien pueda pagarlo y, como en todo, también la oferta genera demanda. No se puede obviar el hecho de que en la década del 90, la cultura del consumo de ofertas para el bienestar físico y el despliegue de técnicas biomédicas de trasplantes, transfusiones, implantación de prótesis y experimentos de ingeniería genética, modificaron las prácticas y sentidos asociados al cuerpo. Hoy escuché en el noticiero que hablaban de una fiesta en la cual habían sorteado como premio un implante de siliconas. Una vez perdida la simbolización sagrada del cuerpo, se expandió la percepción del cuerpo como una suerte de conglomerado de órganos. Y lo cierto es que la extensión de las ofertas de la ciencia médica a las masas es hoy mucho más rápida que los debates éticos y políticos. No en vano Michael Jackson, que era negro y quiso ser blanco, es un ícono del capitalismo occidental. Ese es nuestro mundo actual. Y en ese sentido me parece una hipocresía analizar la demanda de “cambio de sexo” como algo al margen de los profundos cambios que han venido introduciendo en nuestras vidas las tecnologías en el marco del capitalismo.

3- 5 ¿Cuánto cree que este discurso avala el discurso binario sexo/género y las tecnologías de género que los Estados aplican desde las políticas?

Es una buena pregunta. Lo que puedo decir a partir de las entrevistas que hice es que en ese momento, año '98, la mayoría de las que se habían operado tendían a sostener un discurso binario. Es decir, muchas de ellas decían haber elegido la intervención quirúrgica para poder sentirse *verdaderamente* mujeres, o sea, desde sus perspectivas: para *dejar de ser* consideradas travestis o transexuales. En la mayoría de los casos, tras haberse operado trataban de reinsertarse en la sociedad de manera tal que los demás en lo posible no

conocieran su pasado. Y también observé que algunas empezaban a tener un discurso discriminatorio hacia las travestis que antes solían ser sus amigas. Las travestis pasaban a ser consideradas “tipos disfrazados”, mientras que ellas se definían como mujeres, a veces aclarando “mujer operada” o “mujer *no biológica*”. Parecían sugerir que la presencia de una vagina, podría bastar como respuesta a la siempre inquietante e irresoluble pregunta: “¿Qué es *ser una mujer*?”. Por eso, con un poco de sentido del humor, a uno de los capítulos del libro le puse como título “Mas papistas que el Papa”, resaltando el hecho de que algunas “compraban” el discurso binario que reduce a la mujer a una vagina. Sin humor, podría decir que al oír las a veces me parecía percibir en esa actitud una respuesta muy comprensible al nivel de rechazo que habían sufrido a lo largo de sus vidas.

Pienso que eso ha venido cambiando a lo largo de estos años y hoy se han hecho visibles otro tipo de discursos, menos marcados por el paradigma heterosexual. En cualquier caso, a mí no me interesaba cuestionar las convicciones de las entrevistadas sino básicamente poner de relieve diversos factores ligados a las complicaciones que habían tenido por el hecho de no encajar en los parámetros establecidos como normales. Más allá de los diferentes modos en que explicaran por qué se habían operado o se querían operar, todas compartían la experiencia de tener que lidiar con problemas físicos, económicos, familiares, sociales, legales y de empleo. Más allá del discurso binario o no, para mí pensar el tema implicaba pensar también la falta de programas de integración a la comunidad, al ámbito laboral, etc., o de medidas que apuntaran a garantizar el derecho a la educación y a la atención de la salud. Mi intención era mostrar la violencia cotidiana, el desamparo, la desigualdad a las que estaban sometidas.

Por eso decidí entrevistar extensamente a Paula Rodríguez y Lohanna Berkins, que eran militantes y además tenían ideas menos conservadoras con respecto a la transexualidad. Era enorme lo que se podía aprender con el sólo hecho de escuchar sus historias de vida, y yo gracias a ellas aprendí muchísimos. En esas entrevistas me di cuenta de que el libro podía ser útil si sabía resonar con las luchas que venían desplegando desde organizaciones en ese entonces muy nuevas como ALITT (Asociación de Lucha por la Identidad Travesti y Transexual), que obtuvo la personería jurídica recién en 2007, hace poco, después de una lucha sostenida de muchos años. Curiosamente, el libro salió justo en el momento en que se estaban dando las discusiones sobre el Código de Convivencia Urbana que puso fin a los edictos policiales en Buenos Aires. Y que fue una batalla ganada a medias, porque al reintroducir la penalización del “escándalo” y autorizar la intervención policial directa, el Código que al final aprobaron no está a la altura de las expectativas que había en su origen. En ese entonces, algunas de mis entrevistadas tenían que aguantarse las embestidas de los vecinos que se reunían en lo que hoy se denomina Palermo “Soho”, los autoconvocados “Asiduos Concurrentes a la Plaza Campaña del Desierto”, que llegaron hasta la bestialidad de apedrear a las travestis en su afán por erradicar la Zona Roja del barrio. Esos vecinos violentos se consideraban “normales”.

6 ¿Cree que la transexualidad *female to male* presenta los mismos grados de dificultad y prejuicios social que la transexualidad *male to female*?

Yo no tomé el tema *male to female* en el libro porque no me daba el tiempo para hacer una investigación seria. Me vi obligada a no tomarlo porque tenía un tiempo reducido para escribir el libro y, por lo que pude sondear, no me iba a resultar tan sencillo encontrar rápidamente personas que hubiesen pasado por intervenciones quirúrgicas y estuvieran

dispuestas a concederme largas entrevistas. Con respecto a los grados de dificultad y de prejuicios sociales, pienso que son mayores en la variante que no tomé. Los prejuicios son mayores por razones obvias, ligadas a los diferentes tipos de discriminación que todavía padecemos las mujeres. En cuanto a los grados de dificultad, diría que tienen que ver en gran medida con que al menos en ese momento los procedimientos quirúrgicos no eran igualmente satisfactorios en los casos *male to female* que en los casos *female to male*. La masectomía y la extirpación de útero, trompas y ovario, son cirugías que no presentan mayores complicaciones. Pero la faloplastia aún suele acarrear inconvenientes. Hasta donde sé, es una operación muy agresiva para el cuerpo, que suele traer complicaciones y obligar a pasar por el quirófano varias veces. También hay quienes optan por la metaidoioplastia, que tiene la ventaja de no ser tan agresiva, pero no necesariamente conforma a todas las personas. El único caso *female to male* que menciono en el libro, porque es emblemático de un enfoque posmoderno y primermundista del tema, es el del activista Loren Rex Cameron. Cameron nació en 1959 y perteneció a la comunidad lesbiana de San Francisco hasta los 27 años. Desde entonces se identificó como trans y comenzó a modificar su cuerpo con tratamientos hormonales y ejercicios, a la par que documentaba sus cambios a través de fotografías artísticas. Luego sus libros se fueron convirtiendo en referentes para muchos trans. Durante algunos años desarrolló su apariencia física masculina pero conservó intacta su vagina, incomodando a los que creen que todas las personas trans “no descansan hasta sentirse en el cuerpo correcto”, como dice la ciencia. Años después cambió de idea con respecto a la cirugía y decidió operarse (algo que muchas lesbianas que lo adoraban no le perdonaron), y su segundo libro, *Man Tool: The Nuts and Bolts of Female-to-Male Surgery*, es un recorrido a través de las imágenes y los testimonios de personas que optaron por distintos tipos de faloplastia y metaidoisplastia. Por otra parte, Cameron tuvo una pareja butch, una pareja trans (*male to female*) y hoy en día es gay. Me interesó incorporarlo porque confirma que los deseos vinculados al género y la orientación sexual son algo muy complejo e incluso cambiante. Y además confirmé que el caso resultaba chocante para muchos ciudadanos de la Argentina de 1998, que sólo podían llegar a reconocer a las personas trans como “pobres almas atrapadas en el cuerpo equivocado”.

Lo que más me alegra es que en estos diez años que pasaron hubo muchos factores que incidieron para que hoy la situación sea un poco mejor, aunque todavía falta que se conviertan en ley los derechos fundamentales. En ese momento casi no existían en el país organizaciones que incluyeran en sus siglas la palabra “transexuales”. Creo que hubo una clara apropiación subjetiva y política de esa palabra, y eso me alegra mucho. En 1998 existía un notorio desfasaje entre el nivel al que llegaban las reflexiones teóricas y lo que ocurría en la vida cotidiana de las personas trans. Adentro de las aulas de la UBA podíamos leer a Judith Butler y convencernos de sus postulados, y al mismo tiempo, en los tribunales donde se dirimían los problemas a menudo se utilizaban las palabras “género” y “sexo” como sinónimos. Y lo cierto es que algunos argumentos ultra conservadores (como el “impulso maternal” exacerbado de Mariela Muñoz) podían resultar en el ámbito jurídico más efectivos que cualquier alegato deconstructivista. Por suerte las distancias están empezando a acortarse. Y, como decía Butler, políticamente es importante que la gente se pregunte ¿Qué es posible? Y que crean en la posibilidad. Porque sin el movimiento de la posibilidad, no hay movimiento hacia adelante.